

empleos, debe rechazarlas completamente ó no tomar parte en ellas sino con la mayor prudencia; porque pronto serán todas estas cosas lazos tendidos á la fe y á la virtud de los niños. Nada serán en el mundo, si es preciso; pero serán cristianos. Serán lo que fueron sus padres durante los tres siglos que median del imperio de Neron al de Constantino: héroes y víctimas. Tal es la condicion de que pende la salvacion de la familia actual. ¡Dios la dé inteligencia para comprenderla y fuerza para cumplirla!

Que hoy, como en los peligrosos dias del Cristianismo naciente, se acuerde ante todo el padre de su divina mision. Mas que nunca debe ser la fe su único guia. Dirigido por ella, él se dirá: «Lugarteniente de Dios debo mandar, hablar y obrar como el Padre tres veces santo que represento. Menos que nunca debo ser en mi familia el hombre de la fortuna, de la ambicion, de los negocios; ante todo debo ser el hombre de Dios; porque menos que nunca deben ser mis hijos ciudadanos de la tierra; antes que todo es preciso que sean los candidatos del cielo. Darles una alma templada al fuego de la caridad y de la fe, tal es el mas apremiante de mis deberes. Dios, su temor y su amor, hé aquí el hombre, hé aquí el padre de familia. Pero esta palabra sublime, la última de todas, no será sino mentira en mis labios, si yo mismo no soy el primero en amar y temer á Dios, no de palabra, sino de hecho: no debo olvidar que mi conducta debe ser el Evangelio de mis hijos. Esos queridos seres no me pertenecen á mí, ni al Estado, sino á Dios que los ha creado, los hace vivir, y los juzgará. Depósitos sagrados confiados á mi cuidado, yo daré cuenta de su sangre. Almas inmortales, debo hacer que alcancen la inmortalidad del cielo. Pero, ¡que jamás lo olvide! ese glorioso destino debe ser comprado á costa de numerosas luchas. Hijos queridos, una encarnizada lucha que principia en la cuna y acaba en la tumba, forma el fondo de vuestra existencia terrestre; yo soy quien revestido de la triple armadura de la autoridad, de la experiencia y de la fe debo sostener vuestro esfuerzo en el combate. Corregir la malicia oculta en el fondo del corazon de todos los hijos de Adan; apartar por una vigilancia continua todos los enemigos exteriores, cualquiera que sea la forma en que se presenten; robustecer por sábias lecciones el buen principio que vive en ellos; tales son mis deberes, tales las condiciones de vic-

«toria para los hijos, cuyos sublimes destinos me ha confiado el «Padre supremo.»

Que á su vez la madre, imágen de María, haga cada dia un esfuerzo mas para realizar en su corazon, en todo su ser, su augusto modelo. ¡Ah! ¡que no pueda yo decirla de manera que jamás lo olvide: La libertad, las consideraciones, los respetos, el afecto de que estais rodeada, son otros tantos beneficios de que sois deudora al Cristianismo!

Pero á ella tambien le impone grandes deberes el Dios que la ha regenerado. ¿Conoce bien que está en la familia para ser la salvacion ó la pérdida de muchas generaciones? ¿Conoce bien que es sobre sus rodillas que se prepara el porvenir del mundo? ¿Conoce bien que en los dias que corremos, solo por medio de ella puede entrar, conservarse, y reinar el Cristianismo en el hogar doméstico? Si lo sabe, que no lo olvide; si lo ignora, que lo aprenda. Léjos, muy léjos de ella las pérfidas y extravagantes teorías que tienden á sacarla del importante puesto en que el Cristianismo la ha colocado. Redoble mas bien su valor para ser lo que debe, y lo que quiere que sea el Dios que la ha creado, *la ayuda y la compañera del hombre*. Para conseguirlo solo tiene un medio: este medio poco conocido, sobrado descuidado, acaso desdeñado de las mujeres insensatas, es el de imitar fielmente á la mujer, á la madre, á la esposa verdaderamente digna de este nombre. Trazado hace cerca de tres mil años por el mismo Espíritu Santo, ese cuadro debe ser el estudio eterno de la madre y de la esposa; que se la parezcan, y será salvada la familia cuya madre pueda poner su nombre al pie de ese cuadro. Descorramos el velo, y mostremos ese admirable cuadro.

«¿Quién hallará una mujer fuerte? Su precio es muy superior al de las perlas. El corazon de su marido descansa en ella, y no caerá de riquezas. Ella le devolverá el bien y no el mal. Ella ha buscado la lana y el lino, y los ha trabajado con mano hábil é ingeniosa. Ha sido como el buque del mercader que trae su pan de la extremidad del mundo. Se levanta antes de la aurora: reparte los víveres entre sus criados y el alimento entre sus criadas. Ha examinado un campo y lo ha comprado; y ha plantado una viña con el fruto de sus manos. Ha visto que su negocio era bueno, «y no se apagará su lámpara durante la noche. Sus dedos han to-

«mado el huso. Su mano se ha abierto al indigente, y sus brazos se han extendido al pobre. No teme para su casa ni el frio, ni la nieve, porque todos sus criados tienen dos vestidos. Se hace trajes preciosos, se viste de lino y púrpura. Su marido será mirado con respeto en la asamblea de jueces, cuando se sentará entre los senadores de la tierra. La fuerza y la belleza forman sus adornos, y la sonrisa estará en sus labios hasta sus últimos momentos. La prudencia ha hablado por su boca, y su lengua respira clemencia. Sus hijos la han proclamado feliz, y su mismo marido ha hecho su elogio. Muchas otras han acumulado riquezas, pero ella las ha excedido á todas. No ha fundado solo su gloria en las cualidades exteriores: la gracia es falaz y la belleza es vana: la mujer que teme al Señor es la digna de alabanza. Vosotros todos que conocéis tal mujer, tributadle los elogios que se merece, y que sus obras la ensalcen en la asamblea de los jueces<sup>1</sup>.»

La verdadera mision de la mujer, la naturaleza de sus ocupaciones, la fuerza y la dulzura, la vigilancia y la modestia, la actividad y la caridad, el cuidado de la familia, todas las cualidades que deben formar la esposa y la madre perfecta se hallan en ese admirable retrato. La felicidad de la mujer, del marido y de los hijos son la dulce recompensa de su fidelidad á los deberes de su vocacion. Pero ¿cuál es el principio de esa vida de abnegacion y de sacrificios parciales? La Religion. El Espíritu Santo nos lo ha dicho bien con esas enérgicas palabras: «Las fundaciones sobre piedra sólida son eternas; así tambien los mandamientos de Dios en el corazon de la mujer santa: amiga del silencio, prudente, comedida, es graciosa y firme como una columna de oro sobre una base de plata<sup>2</sup>.»

El hijo mismo, si reflexiona acerca de su historia, ¿puede dejar de experimentar un profundo sentimiento de agradecimiento al Cristianismo, á quien todo lo debe, libertad, vida, educacion? Si quiere conservar para sí mismo ó transmitir á los demás esa preciosa herencia, ¿no le dicta su corazon el poner en primer término de sus deberes la observancia religiosa y constante de las leyes del Cristianismo, guarda necesaria de los bienes que disfruta? Ver á Dios en sus padres, ser su consuelo y el sosten de su

<sup>1</sup> Prov. xxxi, 10 y sig.

<sup>2</sup> Eccli. xxvi, 23, 24.

vida, tal es su doble obligacion. Cúmplase este precepto, y la familia no perecerá: déjese de cumplir, y menester es cubrirse el rostro aguardando su fin. ¡Ó familia! Á pesar de todos los sacrificios, á pesar de todas las luchas, cumplid noblemente hoy, mañana, y todos los dias, el mas apremiante de vuestros deberes: sed cristianos.

Cuando horrible tempestad cubre el cielo de espesas nubes en medio del océano; cuando cruzando el rayo el horizonte deja ver las profundidades de los abismos; cuando vuelan hechas pedazos las velas del buque; cuando se rompen los palos; cuando escapa el timon de las manos del piloto; cuando el capitan ha perdido la serenidad; cuando nada hay que esperar, en fin, de los esfuerzos ni de los consejos humanos, cada viajero atiende á su salvacion. Las maderas, las cuerdas, las lanchas, son la única esperanza, y mas de una vez ha coronado el éxito esfuerzos desesperados: se perdió el buque, se perdieron las mercancías, pero se salvaron los pasajeros. Embarcacion sin lastre, sin timon y sin brújula, nuestra sociedad, sin Dios, sin Religion, está combatida por espantosas tempestades; el cielo negro y amenazador no permite un rayo de luz para dirigir su marcha; se han roto las velas y los palos, el buque hace agua por todas partes, y el piloto y el capitan ó siguen dormidos ó disienten en los medios de salvacion, y sin embargo las olas se encrespan y los vientos furiosos remueven hasta en sus profundidades el temible océano. Si se tarda un poco, buque y mercancías serán pasto de las olas<sup>1</sup>. Miembros de la familia, viajeros en ese desesperado buque, ¿os olvidaréis de vosotros? Que los que quieran perecer, perezcan: los que queráis vivir, hora es ya de que adopteis el único medio de salvacion que os queda. Hace diez y ocho siglos, la sociedad pagana, ese otro buque sin Dios, rechazó obstinadamente el Cristianismo, y se hundió en las olas de la barbarie: la familia atendió á su propia conservacion; guardó el principio de vida que habia recibido; ocultó el Cristianismo en el hogar doméstico, penetró muy hondamente en las costumbres, se engrandeció, subió al fin al trono imperial,

<sup>1</sup> Quæris quo statu res nostræ sint? Admodum acerbo... Pereunt bona, nuda et aperta sunt mala: navigatio in nocte, fax nusquam, Christus dormit. (Greg. Naz. Epist. XXXIX ad Eudoxium Rhetor.).

y por medio de la familia se salvó el mundo entero. Igual situación, iguales deberes: ¡que quien tenga oídos oiga!<sup>1</sup>

¿Qué me falta ahora? Religión santa, religión bienhechora, tierra madre del hombre caído, describiendo en todas sus fases la historia de la sociedad doméstica, he demostrado á vuestra hija querida vuestra inalterable verdad; y dando á la tierra una útil lección, he cantado un himno en loor vuestro. ¡Salud! os diré con el corazón mas amante, con el genio mas sublime acaso con que la humanidad se honra; ¡salud! os diré con Agustín, vuestra conquista y nuestro orgullo; ¡salud! Iglesia católica, verdadera madre de los Cristianos! Vos sois quien enseñáis á los hombres, no solo á adorar un solo Dios verdadero, y expulsáis así á la idolatría de la faz de la tierra, sino que les enseñáis también á tener caridad para con sus hermanos, de una manera tan perfecta, que cualesquiera que sean las miserias humanas hallan consuelo en ella.

«Vos sois la que niña con el niño, fuerte con el jóven, tranquila con el anciano, enseñáis la verdad, y ejercéis la virtud según la fuerza de la edad y el alcance de la inteligencia.

«Vos la que sometéis por una casta y fiel obediencia la mujer al hombre, no para satisfacer pasiones brutales sino para conservar el género humano, la sociedad y la familia.

«Vos la que haceis superior el hombre á la mujer, no para burlarse de su debilidad, sino para ser su apoyo y dirigirla según las leyes del amor mas cordial.

«Vos la que sujetais por una libre servidumbre los hijos á los padres, y dáis á los padres un santo imperio sobre los hijos.

«Vos la que unís el hermano al hermano por el lazo de la Religión, lazo mas sagrado y mas fuerte que el de la sangre.

«Vos la que, al mismo tiempo que respetais las leyes de la naturaleza y las inclinaciones de la voluntad, estrechais por una mútua caridad los enlaces y las amistades.

«Vos la que enseñáis á los criados á servir á sus amos, no por temor sino por amor.

«Vos la que haceis á los amos buenos y misericordiosos para con sus criados, diciéndoles que hay un Dios comun, un Señor comun.

«Vos la que unís, no solo por relaciones de sociedad, sino por

<sup>1</sup> Qui habet aures audiendi, audiat. (Matth. xi, 18).

«lazos de fraternidad, los ciudadanos á los ciudadanos, las naciones á las naciones, y á todos los hombres entre sí, cualesquiera que sean, por el recuerdo de su comun origen.

«Vos la que enseñáis á los reyes á sacrificarse por los pueblos, «y á los pueblos á obedecer á los reyes.

«Vos, en fin, la que enseñáis con perfecta precision, á quien se debe honrar, á quien amar, á quien respetar, á quien temer, á quien consolar, á quien advertir, á quien exhortar, á quien reprimir, á quien corregir, á quien castigar; mostrando que todas esas cosas no se deben á todos, pero sí que á todos se debe la caridad y á nadie la injuria<sup>1</sup>.»

<sup>1</sup> No podemos resistir al deseo de trasladar el texto de ese magnífico pasaje: «Merito, Ecclesia catholica mater Christianorum verissima, non solum ipsum Deum, cujus adeptio vita est beatissima, purissime atque castissime colendum praedicat; nullam nobis adorandam creaturam inducens, cui servire jubeamur... sed etiam proximi dilectionem atque charitatem ita complecteris, ut variorum morborum, quibus pro peccatis suis animae aegrotant, omnis apud te medicina praepolleat.

«Tu pueriliter pueros, fortiter juvenes, quiete senes, prout cujusque non corporis tantum, sed et animi status est, exerces ac doces. Tu feminas viris suis, non ad explendam libidinem, sed ad propagandam prolem, et ad rei familiaris societatem, casta et fideli obedientia subjicis. Tu viros conjugibus, non ad illudendum imbecilliorum sexum, sed sinceri amoris legibus praeficis. Tu parentibus filios libera quadam servitute subjungis, parentes filiis pia dominatione praeponis. Tu fratribus fratres religionis vinculo firmitate atque arctiore quam sanguinis nectis. Tu omnem generis propinquitatem et affinitatis necessitudinem, servatis naturae voluntatisque nexibus, mutua charitate constringis. Tu dominis servos, non tam conditionis necessitate, quam officii delectatione doces adhaerere. Tu dominos servis, summi Dei communis Domini consideratione placabiles, et ad consulendum quam coercendum propensiores facis. Tu cives civibus, gentes gentibus, et prorsus homines primorum parentum recordatione, non societate tantum, sed quadam etiam fraternitate conjungis. Doces reges prospicere populis; mones populos se subdere regibus. Quibus honor debeat, quibus affectus, quibus reverentia, quibus timor, quibus consolatio, quibus admonitio, quibus cohortatio, quibus disciplina, quibus objugatio, quibus supplicium, sedulo doces; ostendens quem admodum et non omnibus omnia, et omnibus charitas, et nulli debeat injuria.» (De morib. Eccl. Cath. c. 30, t. I, pars altera, pag. 1146-1147).